

ta el modelo *That's a ship*, y los alumnos sustituyen otra palabra, por ejemplo *That's a dog*. Después de haber presentado el modelo, el profesor tiene sólo que suplir la palabra nueva, así, *house*, y los alumnos dicen *That's a house*.

Transformación: Este tipo de ejercicio es el más avanzado porque requiere un cambio de la estructura gramatical. Lo importante es no cambiar más que una sola cosa a la vez y dar siempre el modelo antes. El profesor puede empezar por una explicación en español. Puede decir, por ejemplo, que se usa *is* al principio para hacer una pregunta en las frases como *That's a dog*, que se cambia en *Is that a dog?*. Después de la explicación y el modelo, el profesor da las frases que no son interrogativas, y los alumnos las cambian:

Profesor: *That's a house*.

Alumnos: *Is that a house?*

Profesor: *That's a ship*.

Alumnos: *Is that a ship?*, etc.

Después de practicar los ejercicios orales, el profesor puede darlos en forma de dictado. Así, se establece una relación entre el idioma y su escritura, y, además, se refuerzan los patrones orales.

Las explicaciones que se dan se refieren siempre a «cómo se hace» y nunca al «por qué se hace». Las preguntas que empiezan por la palabra «por qué» pertenecen al estudio histórico del idioma y no a las clases de enseñanza del idioma. Con esto no quiero decir que la traducción no tenga su papel en la enseñanza. Se puede usar en el vocabulario y para explicar las reglas gramaticales.

La conversación libre y la composición escrita no se emplean al principio. Se espera a que los alumnos aprendan toda la fonología y todas las estructuras básicas. De otra forma, no harían más que confiarse en la traducción. Todos hemos encontrado casos como *I have 16 years* para decir *I am 16 years old* o *I must to go* para *I must go*, que resultan de la traducción.

La enseñanza de idiomas es una ciencia vasta y complicada. Nunca nos permite estar satisfechos con nuestros avances en el desarrollo de los métodos y materiales. Nuestra época está caracterizada por la aplicación de la lingüística y la psicología a la enseñanza. Nos queda todavía mucho camino que recorrer. No obstante, estamos a punto de hacer grandes descubrimientos y realizar importantes progresos en la ciencia de la enseñanza.

El movimiento asociativo familiar y la educación de deficientes

ISABEL DIAZ ARNAL

*Experto de la Comisión Médico-Pedagógica
y Psico-social del Bureau International
Catholique de l'Enfance*

Estamos asistiendo a un depereamiento de padres que albergan en su hogar a hijos considerados como subnormales o deficientes de las más diversas clases, pero, sobre todo, marcados por un retraso mental como característica más destacada.

Nos alegra ese despertar de la conciencia familiar, aunque lento todavía, ante un problema que si interesa resolver a alguien, son a ellos, a los propios padres, a los que compete poner de manifiesto. ¿Cómo tratar de solucionarlo si los mismos interesados se mantienen callados y ocultan, o mejor dicho, ocultaban hasta ahora a ese hijo que, por azares de la suerte, no reúne las mismas condiciones personales que los niños normales?

Creo recordar que, hace justamente dos años, me asombraba en otro artículo publicado en esta misma Revista («La inadaptación social de nuestra infancia y juventud infradotadas», núm. 141, enero de 1962) de ver que en España, donde el problema de recuperación de deficientes mentales estaba necesitado de soluciones por el número elevado de ellos y sus graves repercusiones en el futuro, no existían asociaciones de padres con hijos deficientes, cuando en el extranjero proliferaban desde principios de siglo, precisamente donde el problema de este tipo estaba ya encarrilado desde hace algún tiempo.

«¿Es que ha de ser menos fuerte y de menos empuje—me preguntaba yo—la unión de padres españoles en torno al problema, cuando los

vínculos familiares, por fortuna, son muy poderosos ¿entre nosotros?»

Las jornadas técnicas celebradas por la Delegación Nacional de Asociaciones han sido el revulsivo adecuado para poner en eferescencia el movimiento asociativo familiar en pro de la puesta en marcha de la educación de la infancia y adolescencia deficientes en toda su extensión de escolaridad primaria especial, adiestramiento ocupacional para ocupar el puesto de trabajo que les sea accesible y lograr una adaptación social lo más correcta posible.

ASPECTOS POSITIVOS DE LA FLORACION DE ASOCIACIONES FAMILIARES

El clamor de angustia de los padres con hijos deficientes es algo unánime hoy, y, para ser realistas, no siempre plasma un conocimiento exacto de la situación de sus hijos y de las posibilidades de su recuperación. Sin embargo, es un hecho que la desidia o la vergüenza a manifestar el problema va pasando a segundo plano, gracias a Dios.

El que la necesidad de ayuda mueva a la unión a los padres afectados por esta situación de conflicto en todos los órdenes lleva implícita la diferente concepción que los propios padres aportan sobre el problema; desde la más optimista hasta la pesimista a ultranza, la ignorancia supina al lado de una consideración justa y acertada. Pero lo que les une por igual con vínculos fuertes es el aspecto afectivo, el dolor y la impotencia ante la educación de un hijo en condiciones deficitarias y, como consecuencia, las complicaciones familiares y sociales que éste acarrea. El problema les llega a lo vivo y les asimila.

No tienen culpa de que la visión conjunta del problema no haya sido lo acertada que debiera, pues si es cierto que existe una falta de preparación general entre las familias, salvo casos excepcionales, también es verdad que las orientaciones dadas a los padres en muchas ocasiones que lo solicitaron para ayudar a sus hijos han sido equivocadas; inconscientemente unas veces e intencionadamente otras. Es fácil comprobar que se etiqueta con ligereza a un deficiente como ser que no ha de servir para nada, cuando se carece de competencia suficiente para afrontar el tratamiento psicopedagógico que el niño requiere o, por el contrario, buscando el negocio a costa del pequeño, se engaña al padre con la esperanza de que el hijo podrá alcanzar un bachillerato, y es una Enseñanza primaria elemental la única accesible y a costa de no poco trabajo.

Si estas afirmaciones equivocadas las hace el entendido o el que se hace pasar por tal, ¿cómo pedir a los padres una concepción recta del problema, si son ajenos a la especialidad y sólo están impuestos en las penalidades y fatigas

proporcionadas por el hijo deficiente que crece en el hogar?

Pero precisamente el haber surgido en muchas provincias y hasta en pueblos grandes las asociaciones de familias de este tipo es por lo se abre para los pequeños y jóvenes deficientes un panorama rico en aspectos positivos que no han de tardar en hacerse realidad. Entre los más importantes tenemos los siguientes:

- Confección de un censo nacional de niños afectados de subnormalidad.
- División del problema para facilitar su mejor solución.
- Llamada de atención al ambiente, interesando a todas las fuerzas sociales en la colaboración a la resolución del problema.
- Determinación clara de posibilidades de adaptación de los deficientes en recuperación.

NECESIDAD DEL CENSO NACIONAL DE NIÑOS DEFICIENTES O SUBNORMALES

Es una paradoja que, precisamente, siendo tan acuciante el problema de la educación de estos pequeños y jóvenes estemos todavía dando palos de ciego, vulgarmente hablando, respecto del número de los que son acreedores a una educación especial. Y lo paradójico está no en ese desconocimiento simple y muy importante, sino en que comienzan a emplearse una serie de medios de todo tipo que, al no acoplarse desde un principio a un planteamiento racional y de acuerdo con la realidad existencial del contingente de niños y jóvenes deficientes, se corre el peligro de distraer o invertir demasiados esfuerzos económicos o pedagógicos en unas partes mientras quedan desatendidas otras; o, tal vez, se dupliquen servicios, allí donde bastarían los mínimos y se tenga sin cubrir la necesidad apremiante de otros lugares en que, por la frecuencia de casos, sea requerida una pluralidad de instituciones o atenciones que no pueden desatenderse.

El estado económico en esta materia exige que sean aprovechados hasta el máximo los recursos que empiezan a arbitrarse, y que sean lo más eficaces posible respecto al rendimiento y resultados, sin olvidar tampoco la extensión máxima en todo el ámbito nacional que deben abarcar. Y esto sólo es factible cuando se conozca de modo efectivo, y no por suposición o aproximación, el número total de niños y jóvenes españoles que están afectados de subnormalidad. Las necesidades provinciales de estos niños, su concreción regional y, en último término, su distribución nacional son la base para un planteamiento verdadero y eficaz del problema, ya que, a la vista del número y de la localización de núcleos de deficientes, podrá planificarse con exactitud el emplazamiento de centros pedagógicos

de todo tipo que subvengan a las necesidades de la provincia, comarca o región en cuanto a la educación especial y adaptación social se refiere.

Ahora que se tiende a la agrupación de las unidades escolares reuniendo en un complejo funcional varios grupos escolares con dinamicidad educativa, no tiene razón de ser la proliferación de centros educativos para niños deficientes como unidades aisladas, sin concatenación que resuelvan una parte del problema a medias y durante un espacio limitadísimo de tiempo, pasado el cual ya no sirven al deficiente que avanza y suponen, en cambio, un esfuerzo económico considerable que perdura.

Esto lo resolverá el censo, ya que con él llegaremos a conocer el contingente de deficientes en cantidad y calidad. Es decir, no sólo arrojará en sus resultados el número de niños deficitarios, sino también una discriminación somera del grado de subnormalidad que les aqueja, con lo que se podrán perfilar aún más las necesidades de personal, instituciones y técnicas a desplegar en favor de la rehabilitación de estos niños.

La obtención del censo es el punto de partida de la puesta en marcha del movimiento educativo que haga una realidad el principio V de los derechos del niño por el que «todo niño con impedimento físico, mental o social tiene derecho al tratamiento, cuidado y educación especiales que cada uno requiera».

Dos tentativas muy loables de este censo especial han tenido lugar hace diez años, cuando ni siquiera se vislumbraba la formación de asociaciones de padres con hijos deficientes. El que no hayan trascendido al ambiente general ni encontraran apoyo en las familias interesadas no invalida el esfuerzo realizado.

La primera de estas iniciativas censales se llevó a cabo por la Sociedad Española de Pedagogía, que con sus filiales en diversas provincias españolas recogió en cifras aproximadas los contingentes de niños deficientes sensoriales (ciegos y sordomudos), mentales y sociales, organizando al mismo tiempo, durante un curso completo, una serie de seminarios sobre la actitud y actuación de la sociedad ante el problema de los deficientes.

Al año siguiente, el Patronato Nacional de Educación Especial, entonces recientemente creado, puso en marcha unos trabajos estadísticos, redactándose, incluso, unas orientaciones que acompañaban al impreso del censo general, y facilitar así el descubrimiento de deficientes de los diversos tipos hasta en los rincones más apartados de la geografía nacional. La cifra global de 250.000 era el balance aproximado de los deficientes comprendidos entre los seis y los veintiún años.

Paralelamente a esta preocupación por el censo, el Patronato trabajó en la formación de personal, estudiando concienzudamente un plan de formación eficaz que abarcaba las tres especialidades —sensoriales, mentales y sociales—, cuya

estructuración fué confiada y realizada por la ponencia técnica del mencionado Patronato.

Me ha parecido oportuno aportar estos datos porque constituyen un esfuerzo serio anticipado a la preocupación actual que no hay por qué silenciar, y, al mismo tiempo, porque la referencia no es fruto de intermediarios, sino el reflejo directo de mi propia actuación en cuanto miembro activo de ambas entidades y, por tanto, con posibilidad de comprobación de los datos por parte de los profanos.

No hubo, pues, una pasividad a ultranza en los organismos estatales; si el fruto deseado no se logró, quizá se debiera a que el ambiente no estaba lo suficientemente caldeado para hacerlo prosperar: le faltó este calor familiar que ahora parece definitivamente puesto en el tapete. Esperemos que sea decisivo.

DIVISION DEL PROBLEMA EN FAVOR DE UNA MAYOR FACILIDAD EN LA SOLUCION

Otro de los aspectos positivos que la unión familiar supone es la posibilidad de dividir el gran problema nacional en pequeños problemas provinciales.

La provincia en sí tiene una fisonomía peculiar que no se repite en las otras, y que, sin embargo, ha de resolver el problema con arreglo a sus posibilidades y necesidades. Centralizar la estructuración del problema para darle solución, sin dar cabida a la flexibilidad necesaria que implica el ámbito provincial, es complicarlo y retardar el comienzo de una solución eficaz; es encarrilarlo por cauces que no son todo lo adecuados que sería de desear.

Hay aspectos del problema que corresponde resolver mediante la fórmula de centralización, y hay otros que, por el contrario, deben ser eminentemente característicos de la esfera provincial. Ello no significa que, aun en estos últimos, no pueda haber, y de hecho debe haberla, una supervisión por parte de los organismos centrales.

Las facetas que suponen una mayor actuación centralizadora son, a mi entender, las de organización de establecimientos de reeducación de niños deficientes, encuadramiento y orientación de los mismos, así como la preparación del personal varío —profesorado, auxiliares, etc.—, de importancia decisiva para la efectividad del centro de educación especial.

La amplitud o diversificación provincial supone la posibilidad de celebrar cursos de formación en centros reconocidos al efecto con especialistas enclavados en la provincia, más fáciles de congregar que si la formación se centraliza en una sola provincia con carácter nacional, resultando menos económica y más molesta. También el campo de acción provincial es más accesible por separado para la abertura laboral o de empleo de los muchachos deficientes después de finali-

zada la escolaridad primaria especial prolongada hasta los dieciocho o veinte años. Es más factible buscar un puesto en el que desempeñar una ocupación manual sencilla en la gama de talleres, comercios, industrias, etc., de la localidad, en los cuales una serie de puestos de trabajo, estandarizado, manual, son aptos para lograr la adaptación social del deficiente que ha recibido previamente una educación especializada.

Además, la riqueza particular de cada provincia está en relación directa con sus propios habitantes, y el número de posibilidades a este respecto es muy variable en cada una de ellas, por cuanto la fisonomía económica, cultural y social es muy diferente a pesar de estar todas encuadradas en una tónica general. Condenar, pues, a un ritmo idéntico a la generalidad de las provincias para resolver el problema de la recuperación de niños y jóvenes deficientes es absurdo, ya que algunas, adelantándose en la búsqueda y realización de soluciones, pueden aminorar la cuantía y gravedad del problema y servir de ayuda y pauta a otras provincias que por diversas causas no han tomado iniciativa en este sentido, no obstante la existencia de su problema.

Simplemente con echar una ojeada a las provincias que poseen en la actualidad asociaciones de padres nos daremos cuenta perfecta de mi afirmación anterior. El índice de presencia del movimiento asociativo lo ostentan las provincias vasconavarra, las catalanas y valenciana, las isleñas importantes y la capital española, así como una sola de las andaluzas. Ello pone de manifiesto la influencia de la fisonomía provincial al encarar los problemas extensos y acuciantes; ciudades importantes fabriles, industriales, de alto nivel cultural ponen más en evidencia que los niños y jóvenes deficientes de su ámbito tienen que recibir los cuidados y tratamiento educativos oportunos, para que se asimilen en la medida de lo posible a los distintos niveles de la vida activa provincial.

Por contraste, las ciudades preponderantemente agrícolas no han encajado aún la resolución de este problema y no cuentan con asociaciones familiares de este tipo; razón más que suficiente que corrobora la necesaria flexibilidad de repartirse el trabajo general en los ambientes particularizados de la geografía nacional.

Si, por otra parte, varía también en cada provincia el número de niños afectos de deficiencia, es un argumento más para abogar por la división del problema nacional en las diferentes esferas provinciales y dejar que las iniciativas de resolución del mismo en los distintos ambientes no se entorpezca por una espera que a nada conduce.

Que ha de haber intercambio continuo de la provincia con los organismos centrales, es evidente; dividir el trabajo no significa desgajarlo, sino hallarle soluciones desde los diversos lugares donde el problema existe, sin olvidar que todos pertenecen a la totalidad del país.

Por último, las fuerzas vivas de la provincia tienen un radio de acción definido e intenso dentro de sus límites geográficos; si se difuminan por extenderse demasiado en aras de una centralización, que homologa y pierde de vista el perfil concreto del problema en cada provincia, se cae en la concepción falsa de éste, que, por general y abstracta, no responde a realidad alguna. Y entonces es peor hacer esto que no hacer nada.

LLAMADA DE ATENCION AL AMBIENTE EN SU TOTALIDAD

Cada vez más el problema educativo traspasa los límites de la escuela y de la familia para trascender al medio social general en sus más diversos matices, pues la imbricación actual de todas estas fuerzas está proyectada directamente en la educación, y de ella se benefician recíprocamente.

Por ello, siguiendo las líneas del trabajo que nos ocupa, la manera más directa y efectiva de interesar a las entidades y organismos privados o estatales que existen en la provincia es el dotarla de cierta autonomía en la resolución de su problema, aprovechando sus propios medios hasta el extremo que ellos lo permitan; a fin de cuentas, los beneficiados han de ser los propios paisanos deficientes.

Es de todo punto necesario la cooperación directa de las empresas, fábricas, Cajas de Ahorro, Montepíos, Ayuntamientos, fundaciones, etc., no sólo por el punto de vista económico que pueden aportar a la solución del problema, sino por la fuerza social que su participación implica. El hecho de que en el ambiente provincial haya un contingente de padres con hijos deficientes, de distintas clases sociales, que trabajan en empresas, que prestan sus servicios en organismos oficiales o paraestatales, hace calar en la amplitud del problema porque llega a lo vivo de una buena parte de la población activa de la provincia.

Y como los recursos a arbitrar para ayudar a las familias afectadas han de salir precisamente de esa esfera provincial, la colaboración se hace extensiva a todo tipo de organismo existente, presentando un mosaico de posibilidades complementarias entre sí. De unos organismos podrá obtenerse ayuda económica directa que cuaje en creación de centros de educación y tratamiento; de otros resultará fácil utilizar personal de ayuda; hay quien podrá ofrecer elementos de mediación en gestiones, y quien pondrá a contribución una labor de tutela o protección hacia la labor comenzada. Todo es aprovechable, puesto que, en definitiva, es el apoyo social pleno lo que se requiere en la consecución de un objetivo tan justo y elevado como es el de la recuperación del deficiente.

La llamada de atención para que se incorporen las personas, agrupaciones, organismos y entidades es la condición imprescindible para que

el problema entre en vías de solución. Ahora bien, cada provincia responderá más pronto y eficazmente si la llamada se hace por los suyos y para los suyos, pues la limitación provincial podrá bastar para satisfacer las necesidades de los deficientes que en ella existen y, en cambio, se encontrará impotente para solucionar las de los demás. Incluso cuando la solución del problema requiera medidas legales a adoptar para la casuística nacional, como en el aspecto laboral, culminación de la recuperación y adaptación del joven deficiente, las voces aunadas de las diferentes provincias que se encuentran ya en esa fase harán mucha más fuerza para arrancar esas disposiciones necesarias para completar una labor meritoria cerca del niño deficiente que si estuviera centralizado el problema.

El impacto que las asociaciones familiares hagan en las fuerzas sociales de cada provincia acarreará como respuesta un mayor y mejor número de posibilidades de los hijos deficientes que las integran, posibilidades que no deben quedar limitadas al disfrute, por parte de éstos, de una escolaridad primaria especial, sino a la simultaneidad de ésta con la preparación ocupacional del muchacho deficiente, que le ayudará a ensamblarse en las condiciones máximas, determinadas por sus facultades deficitarias, en el ambiente social y de trabajo de la esfera provincial en que residen.

DETERMINACION DE POSIBILIDADES DE ADAPTACION DEL DEFICIENTE QUE SE EDUCA

Sería inoperante acometer una tarea tan ardua como la recuperación del deficiente sin tener presentes los puntos de referencia necesarios para que la labor a realizar tenga un sentido de realidad efectiva y no escape al mundo de lo utópico o constituya un mero hacer vacío de resultados.

Es, pues, importante el determinar las posibilidades reales que los deficientes tienen para adaptarse, con objeto de aplicar los esfuerzos necesarios para alcanzarla.

Partimos del hecho real experimentado y comprobado de que todo deficiente, cualquiera que sea el grado y modalidad de su afección, puede beneficiarse del tratamiento educativo adecuado con resultado positivo visible del esfuerzo aplicado, incluso en los más profundos. Ahora bien, las posibilidades de recuperación de los niños y jóvenes deficientes son muchas y muy diversas teniendo en cuenta la diversidad de formas que puede presentar la deficiencia.

Ocasiones hay en que la deficiencia mental se encuentra aislada: el niño muestra una inteligencia deficitaria sin más; otras se imbrica en epilepsia u otros trastornos nerviosos (tics, movimientos coreicos, crisis histéricas, etc.) Unas veces se simultanea con rasgos psicopáticos, es decir, con alteraciones de la afectividad y de la

voluntad, en su variada gama. Esto por lo que se refiere a la modalidad de la personalidad deficiente, porque, respecto del grado, la deficiencia mental puede variar desde la debilidad mental leve hasta el grado de máxima profundidad, la idiocia. Modalidad y grado que determinan la aplicación y eficacia de los recursos pedagógicos a emplear en favor de la adaptación del pequeño deficiente.

Por otra parte, es imprescindible comprender *el contenido de la recuperación* en su concepto esencial. En primer término, ha de ser *total*, o sea, debe abarcar el ciclo completo, finalizado el cual puede decirse que el deficiente ha llegado a su adaptación social de acuerdo con sus facultades. Este ciclo ha de reunir dos jalones principales:

1.º *Rehabilitación personal junto a educación sensorial, motriz, nocional y de lenguaje en su caso.* (Núcleo de la escolaridad primaria especial.)

2.º *Adaptación e inserción en la sociedad, por medio de una ocupación manual* que le suponga un puesto de trabajo—según sus capacidades—en el marco social a que pertenece.

Ambas facetas son necesarias y se complementan de tal manera que la segunda es el remate o culminación de la primera, y ésta posibilita y facilita la segunda.

Además, *la recuperación ha de estar determinada siempre por la finalidad concreta de que el muchacho ha de valerse, en el futuro, de sus manos*; ello, desde el principio, evitará el dedicarle a actividades que le resten un tiempo precioso para otras que son esenciales, ya que el proceso de asimilación a lo que será su definitivo modo de vida lo alcanzan a través de un aprendizaje lento.

Es preciso también *no dejarse arrastrar por la idea de que el déficit de inteligencia va acompañado paralelamente de una motricidad deficitaria del mismo grado*. Por fortuna, no hay tal paralelismo; hay niños de inteligencia muy escasa, cuya recuperación intelectual, en lo que al plano de la instrucción se refiere, no será posible y, sin embargo, pueden desarrollar con ejercitación sistemática bien dirigida una buena destreza manual que les abrirá las puertas a una ocupación, que es lo que se pretende para ellos.

En último término, la autorreflexión que exigiria un trabajo y que falla en el caso del deficiente por su escasa mentalidad, está compensada con la estandarización actual de ocupaciones en serie, para cuya realización el operario necesita únicamente el dominio de unos movimientos que realizará sucesivamente, sin que la comprensión mental intervenga. Y precisamente el deficiente siente placer en la repetición monótona de actividades que no le hastian y le proporcionan, en cambio, un sentimiento positivo de valer que coopera a la realización perfecta de su trabajo.

Las posibilidades de adaptación a la sociedad, en el segundo de los jalones que hemos destacado

como contenido esencial de la recuperación, *dependen muy estrechamente de las exigencias a llenar por el deficiente en el desempeño de la ocupación* o trabajo manual, y, por supuesto, están condicionadas por la precocidad y extensión de los primeros cuidados educativos que se le prodiguen. Las exigencias principales se reducen a las siguientes:

- Tener conciencia elemental de la convivencia y experiencia vivida de miembro de un grupo o comunidad.
- Ser capaz de realizar los gestos y movimientos que requiere un trabajo accesible a sus facultades deficitarias, con carácter de permanencia.
- Superación progresiva de esa ocupación que le permita promocionarse, sin que ello sea por la aplicación de facultades intelectuales, sino por el simple aprendizaje mecánico de movimientos nuevos.
- Autodeterminación mínima respecto del fruto de su trabajo y de su tarea personal.

He desmenuzado a propósito estas exigencias respecto de las posibilidades de recuperación de niños subnormales o deficientes para poder delimitar ahora los niveles a que podrán ser accesibles según el grado de subnormalidad o deficiencia.

Para una mayor comprensión y claridad, comenzaremos por los menos afectados, para terminar con los de grado profundo, con objeto de perfilar la variación de posibilidades de recuperación a que nos venimos refiriendo.

En cuanto al grado, *los débiles mentales*, intermedios entre los normales y los deficientes de grado medio, o sea, los subnormales leves o ligeros, *son los que tienen el máximo de posibilidades y superan todos los jalones reseñados*, ya que son susceptibles de adquirir la instrucción primaria normal, al menos en su ciclo elemental completo, y, por lo mismo, capaces de insertarse en un oficio como el muchacho corriente. Es sólo problema de tiempo; es decir, les cuesta uno o dos cursos después que el niño de inteligencia normal.

Los subnormales de grado medio, que ya requieren una educación especializada en centros adecuados, para los que trazamos el esquema de rehabilitación personal junto a las ejercitaciones sensorial, motriz y nocional, *tienen más limitadas las posibilidades de recuperación* que el contingente de los anteriores, *pero no hasta el punto de serles imposible el desempeño de una ocupación manual*. Estos superan el periodo de escolaridad primaria especial, antes aludido, completamente diferente de la instrucción para normales en el contenido y en el tiempo, más prolongado en subnormales, salvando al mismo tiempo varias de las exigencias mínimas que enumeramos al explicitar el núcleo de la adaptación social.

En efecto, pueden acceder hasta la tercera inclusive; son capaces, por tanto, de desenvolverse en sus relaciones elementales de convivencia, de saber formar parte de la vida de un grupo no exageradamente evolucionado, pero sí se hacen cargo afectiva y efectivamente de la reciprocidad entre compañeros, aunque esta conciencia no sea una elaboración mental inasequible a ellos, sino sensible y duradera.

El dominio de los actos y gestos que exigen los movimientos en el desempeño de una ocupación laboral sencilla, su coordinación para la realización sucesiva y repetida es, precisamente, lo que les es más factible, porque la ejercitación polivalente de sus manos y movimientos en general se mejoran y perfeccionan de tal modo que en su ejecución superan a muchos niños inteligentes, ya que no hay dispersión de la atención por su pobreza intelectual, y, en cambio, la monotonía les supone un sentimiento de placer frente al de hastío que se produce en el normal. Incluso les es accesible por las mismas razones una progresión en el aprendizaje mecánico de un nuevo trabajo a base de entrenamiento continuado en los nuevos movimientos exigidos por otro trabajo manual también.

La exigencia de autodeterminación personal respecto de su tarea y del fruto de la misma, francamente accesible a los débiles mentales, se da raramente en los subnormales de grado medio, apreciándose tanto menos cuanto más se alejan de aquéllos y se hacen más afines a los de grado profundo.

Pero si bien de manera espontánea no se da en ellos una comprensión de su tarea laboral y los frutos que ella les reporta, sin embargo, también es posible educarles esta conciencia desde fuera y acostumbrarles a ver la relación entre el esfuerzo que ellos hacen al trabajar con el fruto económico de su trabajo y el empleo racional del mismo para la atención de sus necesidades personales y familiares; y da sus resultados, desde luego.

Los subnormales profundos sólo son capaces de llenar la exigencia primera de vida social de convivencia elementalisima, pero no tienen posibilidades de acceso a la vida activa laboral propiamente dicha. Nótese bien que al afirmar de ellos una vida social nos referimos a la posibilidad verificada de saber convivir como persona humana en un centro o en el seno de la familia, y que, a pesar de no desempeñar fuera del hogar o centro actividad ocupacional alguna, sí puede hacerse cargo y responder a la realización de ocupaciones sencillas al interior de los ambientes reseñados. Es decir, no por el hecho de ser profundo su grado de deficiencia está condenado al disfrute de una vida totalmente vegetativa; rotundamente, no.

La educación especial en esta categoría de niños tiene posibilidades confirmadas de rehabilitación personal en el sentido de adquisición de hábitos de limpieza, de aseo personal y en el ma-

nejo de objetos, de autonomía en la verificación de necesidades personales, así como en la asimilación de normas de convivencia, de vida social en el grupo en que se encuentra, responsabilizándole en pequeñas funciones. Esto es ya importante, porque, como saben muy bien las familias que poseen hijos de esta categoría, la habituación sistemática del hijo en los menesteres citados supone para ellas una liberación de la ayuda material que les esclavizaría todas las horas del día, dejando reducidos los cuidados a casos extraordinarios de enfermedad o accidente del hijo y convirtiéndose ordinariamente en una supervisión de los hábitos adquiridos por el chico.

Cuando además del grado de subnormalidad se conjuga la modalidad, es decir, cuando a la escasez de inteligencia mayor o menor se unen elementos perturbadores, trastornos caracteriales de desequilibrio o componentes de tipo nervioso, la meta de posibilidades no se modifica en cuanto a la cantidad, sino respecto de la calidad de la ocupación a desempeñar. Por ello, un niño débil mental tendrá prácticamente el mismo campo de acción a que antes aludimos, pero si presenta al mismo tiempo crisis epilépticas o trastornos nerviosos de otro tipo, su dedicación laboral tendrá en cuenta las crisis en evitación de accidentes; crisis que pueden ser tratadas clínicamente para su mejoramiento o posible remisión.

Un subnormal de grado medio con trastornos de inestabilidad psicomotriz, que no se está quieto mucho tiempo y suele desarrollar una superactividad y una gran rapidez de movimientos, tiene las posibilidades generales descritas respecto al grado medio de deficiencia y es más apto para ocupaciones manuales en cuya ejecución se libera gran cantidad de energía motriz; son los mejores sujetos para distribución de material y recogida y clasificación de objetos, bobinado, etcétera, sin que la rapidez con que lo verifican vaya acompañada de imperfección del trabajo realizado, ni mucho menos. Estas ocupaciones, a los deficientes mentales puros, más lentos y pausados, les costaría una cantidad inmensa de tiempo y no rendirían lo que serían capaces de dar en la realización de trabajos de paciencia y continuidad.

En consecuencia, del número total de subnormales de diversos grados solamente tienen limitada las posibilidades de recuperación en el aspecto laboral general los de grado profundo, y éstos, gracias a Dios, no son los más numerosos.

Por el contrario, la gran masa de deficientes de grado medio con posibilidades ciertas de adaptación no puede ser descuidada. Muchos de los trabajos de artesanía podrían ser desempeñados por ellos; trabajos en cuero, confección de zapatos, balones, labores de bordado de mantillas, tapicería, alfombras, de tanta importancia en muchas de nuestras ciudades, se podrían beneficiar del trabajo de tantos niños y niñas, que en colectividades laborales, con cierto carácter fami-

liar y sin abandonar el lugar de residencia, sacarían partido a sus manos muy honrosamente, supliendo así su inteligencia deficitaria.

Niños con rasgos mongoloides, con cocientes de 40 y 35, saben desempeñar a la perfección la soldadura de bolsas de plástico con máquina eléctrica sin percance alguno y con dominio automático después de un breve entrenamiento. Subnormales de grado medio de ambos sexos han jugado un papel airoso en los talleres de confección de ropas, en las fábricas de lámparas incandescentes o en comercios a las órdenes de oficiales o maestros de taller. Débiles mentales salen adelante con puestos en carpinterías, fumisterías y hasta soladores que contratan por su cuenta el trabajo y tienen su cuadrilla, a la que dirigen y con la que mantienen una relación laboral estable y digna. Incluso en Suiza trabajan dos de nuestros pequeños recuperados en una gran fábrica de máquinas de fotografía, con lo que se corrobora la posibilidad amplia no sólo de desarrollar un trabajo, sino la de mantener unas relaciones de convivencia social necesaria y estable para la verificación del mismo.

Ahora bien: este resultado es el producto de una educación especial dispensada al niño desde los primeros momentos y continuada después en el sentido de preparación para la vida posterior. El niño ha sabido y aprendido la convivencia desde el momento en que ingresó en el centro, porque la misma educación sensorial, motriz y especial, en una palabra, se le ha impartido en grupo, aprovechándose del grupo para la asimilación de relaciones de reciprocidad, de ayuda y de colaboración; e incluso las actividades extraescolares han continuado este mismo derrotero, responsabilizando a cada uno, según el grado de sus posibilidades, de pequeñas cosas que en conjunto componen la vida diaria y en la que todos toman parte, sin ser nadie inactivo ni postergado.

Creo que es hora de convencer al ambiente en general que el deficiente tiene posibilidades de recuperación cierta; que lo difícil no es acometerla, sino el quererlo hacer a imagen y semejanza de lo que se hace con normales, porque esto a nada conduce. Y buena prueba del desconocimiento que existe a este respecto son los enormes ojos de asombro que abren muchas personas al contemplar las realizaciones manuales—repetimos y repetiremos hasta la saciedad—esmeradamente realizadas por subnormales de grado medio que, comparadas mentalmente con las de normales, quedan muy por encima de ellas en todos los aspectos. Pero es que antes de realizarlas se ha llevado con ellos una labor personal de contacto diario y habituación que no comprenden quienes sólo consideran posible el dominio de lo intelectual en la obra humana, olvidándose que lo afectivo sobrea abunda en el deficiente y opera como estímulo fortísimo en compensación de su escasa o nula inteligencia.